

346

El aburrimiento

Es un acto de resistencia en tiempos de sobreabundancia informativa, una invitación a la exploración interna

Páginas 2 a 5

Escrituras

Punk en el INEM

'Rompepistas' supone la eclosión narrativa de Kiko Amat, una crónica iniciática en el cinturón urbano sobre tres adolescentes decididos a vivir su vida

Página 6

Expuesto

Caminante, no hay camino

El centro LABoral, en Gijón, propone un viaje sobre la extrañeza del medio natural, con la conciencia de que todo paisaje es ya decididamente artificial

Página 18

Pantallas

Iconos de una investidura

La proclamación del presidente Obama fue concebida como una gran pintura de historia. Analizamos sus detalles más ocultos y significativos

Página 26

cultura|s

MIÉRCOLES 4 DE FEBRERO DEL 2009

LA VANGUARDIA



Reciclaje

Aleister Crowley Para sus seguidores, el último gran mago de Occidente

Rey del metal

PERE GUIXÀ

Black Sabbath, Mötley Crue, Led Zeppelin, Iron Maiden, Marilyn Manson... estos reyes del metal –la lista echa para atrás– han honrado en alguna canción al inglés Aleister Crowley (1875-1947). De hecho, el influjo de este ocultista, escalador, satanista, viajero y poeta atraviesa la historia del rock (aparece en la portada del *Sergent Peppers* y en canciones de David Bowie, Alice Cooper y otros). Era otra época, acaso fundacional; del rock emanaba salvaje libertad.

Y Crowley se presta. “El hombre más perverso de Inglaterra”, fue tildado en su época, por la que circuló entre escándalos, viviendo al borde de lo humano y con instinto pionero de la autopromoción, algo a lo que se enganchó más que a las drogas y a la locura.

¿Y al sexo? También, sí. Sus biógrafos dicen que por la cabeza de Crowley apenas pasaba la idea de que los demás ocuparan espacio físico. Los apetitos carnales de la *bestia* eran desaforados, pero en contraste con una mística fetén; por ejemplo, que Crowley “sólo se encontraba a gusto en un sitio cuando su imagen se desvanecía en el espejo de su habitación”.

Coinciden ahora en las librerías las dos grandes biografías de Crowley. *La gran bestia* (editorial Siruela), de Jean Symonds, y *Su satánica majestad* (Melusina), de Martin Booth, obras tan logradas y exhaustivas que parecen escritas bajo la gracia tutelar de James Boswell. Libros desopilantes y divertidísimos.

White Stains, por ejemplo, es el poema más pornográfico escrito en lengua inglesa, pero la poesía de Crowley, que bebe de Baudelaire y Swinburne, por su escasa originalidad, apenas se ha traducido. Lo escabroso y maléfico es su hábitat, si bien lo mejor es leerla como texto chiflado.

Crowley nació en una familia adinerada, conservadora y de moral victoriana. Estudió en Oxford y fue un estudiante más que correcto, que en los últimos cursos se licenció en francachelas y en continuas fugas por Europa en las que la *bestia* empezaba a ronronear.

Hombre de acción de impulsos súbitos, la mayoría de viajes que hizo fueron para escalar los Alpes, el Himalaya y, de paso, cuanta montaña se interpusiese. La biografía se despliega en numerosas escenas de cordadas, en la negativa en bloque de los guías y portadores a avanzar más, en aludes de los que Crowley resurge sacudiéndose la escarcha. Como escalador, se dijo

tanto de él como de hombre de letras. Pero en mundanidad llenó no menos papeles que Oscar Wilde y Arthur Cravan juntos.

Lo mejor del personaje son los atisbos de misterio: viajes en caleza durante la noche de París, contraseñas pasadas de mano en mano o escondidas en habitaciones de decoración lujuriantes, cruce de cartas conspiratorias entre los miembros de una sociedad secreta, el trasiego en tren de baúles llenos de objetos de culto y ropajes ceremoniosos, ritos abracadabranes en abadías en ruinas, desvaríos en Bombay, Tijuana y Tánger (“ciudad de calles intrincadas como la huella del pulgar de un asesino”, dice Crowley).

Formó parte de la Golden Dawn, orden masónica y rosacruz en la que escaló puestos. Le echaron pronto, pues reprochaba a sus fieles que sólo fuera una reunión de amigos. O su ego le dijo que “la compañía de pigmeos” era un las-

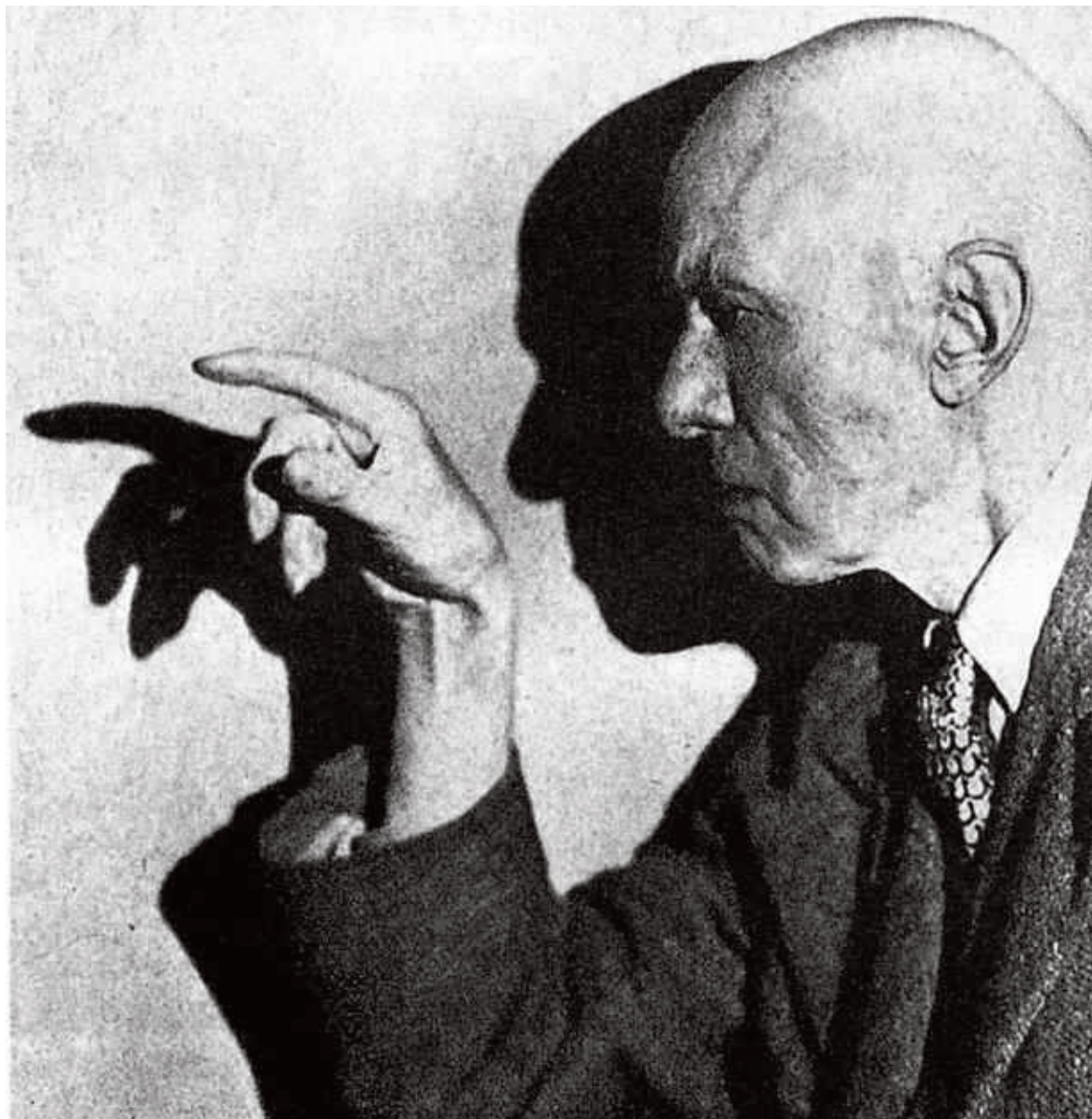
tre ante su superhumanidad, y fundó una orden de pequeño cuño, la Estrella de Plata, en la que se estudió la cábala y se practicó magia sexual.

“Haz lo que quieras, será la única ley”, cantaron Siniestro Total, un grupo que musicalmente debe mucho al rock duro, pero juguetero y autoparódico ante los clichés del heavy metal: masculinidad de pose, altanería de barrio, flautitas medievales, satanismo descacharrante... El bestial lema, que Crowley llevaba bordado en el interior de levitas y sombreros, guió sus pasos hasta sus últimos días en 1947. (Avanzado el siglo XX, dice Symonds, quizás Crowley se dio cuenta de que como *bestia* no podía hacer sombra a ninguno de los líderes de masas que marcan la historia del siglo pasado.)

¿De dónde nace esta divisa atroz? Symonds especula que no tanto de un rechazo frontal a los códigos morales de su época como

de una psicología desviada o, sobre todo, del ensimismamiento del visionario. Cabe leer estas andanzas de modo oblicuo, risueño. Ojeando las fotos de Crowley disfrazado y su anecdotario de histrión, en efecto pensamos en la teatralidad escénica obvia del rock metalero. Crowley (la *Gran Bestia 666*, se hacía llamar) podía haber ascendido montañas con el mismo arrojo con que el líder de Iron Maiden cabalgaba por épicos campos de batalla; lo imaginamos mejor degollando un cordero ante una horda de jevatas que levantando vasos de plata ante los iniciados de su iglesia del mal.

Su vida (el biógrafo la valora en su faceta más trascendente, tan alejada de la material contemporánea) fue “una tentativa por fugarse de las correosas lindes del cuerpo, una frustración por no poder vivir siempre en cósmica levitación”. La impresión global es arrolladora y deslumbrante, de anticristo sin sombra de imaginación (Symonds define *imaginación* como la tensión entre satisfacción e inhibición; de esta última, Crowley carecía por completo). Fue alguien que rompió la ortodoxia de su época, alguien que, por haber dado en su obra la totalidad de sí mismo a los demás, fue esencialmente sano. |



Aleister Crowley, en una imagen de principios de los años cuarenta